


OCTAVIANO MARCHAN
Teniente Coronel.

EL PROBLEMA

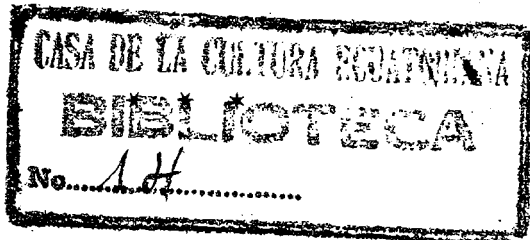
DE LOS ASCENSOS

EN EL EJERCITO
ECUATORIANO

OCTAVIANO MARCHAN
TENIENTE CORONEL



EL PROBLEMA
DE LOS
ASCENSOS
EN EL
EJERCITO
ECUATORIANO



Riobamba, Julio de 1938

Litografía e Imprenta ROMERO.—Teléfono 90 Mgto.
Calle Calisto N.º 5, (La Tola).—Apartado N.º 14.

DEDICATORIA

NO es una clase de táctica, ni el desarrollo de fórmulas balísticas desprendidas de textos extranjeros, lo que me he propuesto escribir. Obras de esta naturaleza no hacen falta en nuestro ejército, porque hay selectas, a cual mejor. En cambio, he recopilado datos, he desempolvado mis apuntes para escribir sobre un tema que también le interesa, y quizá más que ningún otro, al Ejército Nacional: **El Problema de los Ascensos.**

Es natural que estas líneas no caerán bien en todo el cuadro de Jefes y Oficiales, porque en estos tiempos se ha ascendido sin medida ni pudor. Pero es necesario decir las cosas sin eufemismos ni reticencias, pa-

ra que la verdad abriéndose paso en medio de tanta falsía y audacia, brille « como la luz entre las sombras ».

Algunos, indudablemente, se sentirán heridos; pero esto mismo indicará que no han sido merecedores de los galardones que ostentan. En cambio, los que tienen seguridad de que sus insignias son limpias y que no deben a favor especial, sino a sus méritos y fatigas en la carrera, leerán con agrado estas líneas y aprobarán mis patrióticos esfuerzos.

Entonces, a ellos tengo que dedicar este folleto; a los dignos, a los que hacen carrera modesta pero independiente, sin compromisos de esclavitud con nadie.

EL AUTOR.

INTRODUCCION

UN vivo deseo de mejoramiento. El interés que despierta, después de haber permanecido en las filas armadas, por el tiempo de veintisiete años consecutivos, y de haber observado muy poca moralidad en lo que se relaciona con este problema, me ha obligado a escribir estas líneas.

En consecuencia, no es solo el deseo de criticar el pasado con sus errores y deslices; sino más bien que, conociendo ese pasado nada digno, se propenda al mejoramiento de la clase armada en el porvenir, para que en ningún momento el cuadro de Jefes y Oficiales y aun la tropa mismo no se hallen sujetos en sus promociones, a algo [así como a las características de un juego de azar o a las de una lotería.

Por esto creo conveniente y necesario decir con la mayor claridad, todas y cada una de las fases observadas durante mi vida militar, con el único y especial propósito de ver

si algún Gobierno independiente y honrado rechace las sorpresas, combata las injusticias y ladee las ambiciones.

Y haciendo historia respecto a este tema, veremos gradualmente la forma cómo se han llevado a efecto ascensos y recompensas, desviándose, casi siempre, de la justicia que es lo único que debe prevalecer en los procedimientos del Ejército Nacional.

Sí, del Ejército Nacional, que está llamado a constituir la fuerza viva de la Patria; y para que responda como tal, debe ser la institución más bien organizada con que cuenta el país para su defensa. Por este sencillo argumento, ha menester que los poderes públicos fijen su atención y cuiden como lo más delicado y sensible de la Patria, puesto que de él depende su grandeza y soberanía.

Pero esta preocupación no ha de traducirse solamente en dotarle de ciertos elementos bélicos indispensables, provenientes quizá de algún buen o mal negociado. La parte moral del ejército merece tanta y mayor preocupación que la parte material; porque, un ejército sin una sólida base moral, antes que ser una garantía nacional, es un peligro constante en contra de las instituciones públicas.

Ejército donde la oficialidad y tropa vive desmoralizada por las diarias injusticias, y viendo ejemplos de cinismo y desvergüenza de parte de la Superioridad, es sencillamente ejército con aparente disciplina. Es decir, se ha estado minando precisamente el fundamento de la institución. Y, ejército con aparente disciplina, es una agrupación de hombres, pronta a salirse del marco de sus deberes,

porque se ha alejado la fuerza reguladora que guía a todos al deber, que es el secreto del orden, que hace efectiva la jerarquía y la autoridad y que une a todos con la mutua cooperación y armonía.

Las consecuencias son fatales. Una gran mayoría se abandona y le toma a su grado, como un simple empleo que no demanda mayor preocupación. Otra parte sigue el mal ejemplo, porque sabemos que el bien o el mal nunca viven solos, siendo el mal lo que encuentra mayor cabida en la humanidad. Digo, pues, que otra parte de la oficialidad sigue el ejemplo de los oportunistas y vive por esto a caza de situaciones. Adquiere solamente ciertas condiciones personales para agradar a la Superioridad; y, esto, sino pueden desarrollar en otra forma sus múltiples ambiciones.

¿Qué fuera de nuestro ejército, si mañana los Tenientes, siguiendo el ejemplo de los Sargentos Mayores de ayer atropellaran la jerarquía y se proclamaran Coroneles y quizá Generales?... Y si los clases y soldados siguiendo el ejemplo de todos, aladean a los usurpadores y van a manejar el ejército?

Nunca creí que hubiera llegado la época de considerar que los ascensos por antigüedad, o sea los que se efectúan a fuerza de muchos años de servicio, sean hoy los únicos dignos y de cuyo honor deben ufanarse.

Aun es pues tiempo de encauzar al ejército por las vías propias del honor y dignidad; pero hay que principiar sancionando siquiera moralmente a los destructores de este noble y patriótico ideal.

Las columnas morales que sostienen el espíritu de un ejército son los Jefes y Oficiales; de ahí que, es conveniente no atropellar la jerarquía, no dar brinco imprevistos hacia arriba, porque las columnas morales pierden su solidez. La sorpresa es un principio táctico aconsejado para desmoralizar al enemigo; pero en el caso de los ascensos indebidos esta sorpresa es al propio ejército y de ahí que la desmoralización ha cundido en las mismas filas.

*

*

*

FASES DE LOS ASCENSOS

EL CAUDILLO LIBERAL

DICHO lo que a manera de preámbulo de-
escrito, el problema de ascensos, excep-
tuando los por antigüedad y contados ascen-
sos por mérito, este problema he visto deli-
nearse en la forma siguiente:

- Ascensos por intereses políticos;
- Ascensos por conveniencias de círculo; y
- Ascensos por *asalto*.

Aun cuando jamás han dejado de efectuar-
se ascensos por influencias políticas, sin em-
bargo, creo que esto se acentuó mas en épocas anteriores. Pero; era preciso vivir en el ejército en tiempos del Caudillo Liberal, para justificar este procedimiento. Tenía, por fuerza de las circunstancias, que preferir a los hombres doctrinarios, con quienes había conquistado los laureles en los campos de batalla, y en donde supieron demostrar plenamente sus aptitudes. Y sobre todo, tenía que defender al régimen cotidianamente combatido por los incansables enemigos; y esto no podía hacerse sino con quienes tenía plena confianza, porque habían derramado su sangre ó habían agotado sus esfuerzos en los campos de la lucha.

Es indudable que entonces existía mejor criterio para aquilatar a hombres. Los Gene-

rales, los Coroneles, los Jefes en general, eran por lo regular personas destacadas. Ya sobresalían por su talento y valor como los Generales Plaza, Andrade, Terán, Arellano, etc.; o eran, por lo menos, de un indiscutible valor como Montero. Como hombres de carácter, aferrados a sus principios doctrinarios, no han tenido tacha, Jefes que habían formado su prestigio palmo a palmo en los campos de batalla, por eso supieron imponerse y floreció espontáneamente la subordinación y disciplina en las filas armadas.

En ellos, hubiera sido un crimen, quedarse en sus casas y no acudir al campo de batalla, donde el honor militar les llamaba. ¡Que no venga a mi memoria la batalla de Quito, porque pediría la degradación de muchos Jefes de enorme prestigio actual!

En aquellos tiempos, digo, el espíritu de Alfaro se difundía en todo el ejército. Vivía entonces ese grande hombre adonde convergían las miradas de todos para procurar asimilar sus virtudes militares. El hacía escuela de valor, sin la cual, todo lo demás le significaba muy poca cosa.

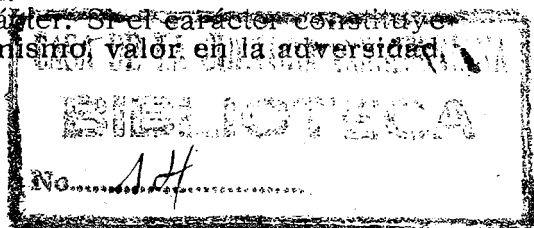
Por ese entonces, Olmedo Alfaro representó un verdadero valor profesional. Hombre de criterio militar amplio. Sus conocimientos adquiridos en el exterior, hicieron de él un verdadero reformador del ejército. Incansable en sus nobles anhelos de engrandecimiento de la institución. Escribió reglamentos modernos a la época, para todas las armas. Dió leyes militares. Impulsó la Escuela Militar y Escuela de Clases, y organizó la Escuela Naval. A muchos oficiales les mandó al exterior

para que amplíen sus conocimientos. En una palabra, orientó la conciencia del Oficial e hizo escuela de la noble profesión. Sus proyectos tendían a enaltecer al ejército y marina, porque sabía que una nación débil no representa nada en el mundo armado. Los medios tan escasos en aquella época, no le dieron lugar a realizar sus grandes concepciones.

Sabía que el terreno necesita costumbre de observarlo, para sacar de él el mayor provecho. Que los comandos requieren estudio constante de los problemas tácticos para formarse una idea, adoptar un plan y tomar una decisión. Que después de la concepción, el terreno indica mejor las previsiones que deben adoptarse y la organización conveniente que se debe dar; o sea las misiones que deben desempeñar las diferentes fracciones, de acuerdo con los elementos y el momento oportuno. Entonces, las maniobras fueron su predilección porque desde el clase hasta el Comando Superior ejercitaban sus iniciativas y desarrollaban sus aptitudes. La comprobación y la crítica la hacía él, porque tenía conciencia de su saber profesional.

Tengo la firme convicción de que Olmedo Alfaro es el verdadero iniciador de la cultura militar y el hombre de mayores dotes, profesionales que ha existido hasta aquí. Serio, digno, honrado e inteligente, a pesar de estar lejos de la Patria y olvidado del Ejército, nunca ha dejado de preocuparse de la suerte de la institución.

Militar de carácter. Si el carácter constituye dominio de sí mismo, valor en la adversidad.



él ha tenido en sumo grado. No solamente en su época de figuración hemos reconocido esa admirable entereza de ánimo, sino hoy que, proscrito voluntariamente y olvidado de todos, prefiere quizá, saborear las calamidades de la vida y del ostracismo, a inclinar la cabeza a las figuras de barro que siempre surgen entre nosotros.

Desaparecido el caudillo liberal, en torno del cual giraban todos los asuntos militares y políticos, el problema de los ascensos iba tomando las características de conveniencias de círculo. Tal o cual Jefe de alta graduación tenía sus partidarios y admiradores. Cada prosélito era incansable en enaltecer las condiciones de su Jefe, y lo que es más en atribuirle virtudes que estaban lejos de poseer, porque sabía que haciéndole ambiente favorable le daba prestigio para su más rápido ascenso; conseguido lo cual, debía halar el hilo para que suba también el microbio admirador. He visto hacer carreras afortunadas, sin otra condición que el vivir eternamente colados a tal o cual Jefe de alta graduación. Y he visto llorar amargamente, más que si se tratara de la muerte del padre, cuando alguno de aquellos Jefes, cabeza de la argolla, salía con el pase a otra repartición.

No he alcanzado a comprender jamás estas miserias tan opuestas a las características de un militar. A un Jefe se le debe respeto y estimación, cuando ha sido un verdadero guía; y respeto siempre, porque si no tiene mayores méritos, en él vemos los años de servicio y amarguras, decepciones y sufrimientos, única cosecha cierta de la carrera.

Este es el mayor homenaje que puede recibir un superior; pero las lágrimas, sólo cuando haya muerto heroicamente en el campo de batalla, para que no sean serviles y ridículas.

El grupo de oficiales, el más desventurado, pero el más digno, que no se hallaba adscrito a ningún círculo y que procuraba hacer la carrera con dignidad, estaba relegado al olvido. Una promoción para ellos era tardía, quizá cuando todos los del círculo habían ascendido; o cuando la justicia era tan abrumadora que no podían por más tiempo postergarla.

Y si recordamos de la campaña de Esmeraldas, cuando el Gobierno en el apuro de tener semi-oficiales disponibles, reclutó amanuenses de las oficinas, maestros de escuela de aldea, civiles desocupados que ambulaban por las calles y les disfrazó poniéndoles charreteras, convendrán conmigo en que se agravó la situación del ejército. Se dió el caso de que ciertos civiles rechazaron el grado de Teniente, creyendo que el de Alférez era grado superior al de Teniente!!

Estas improvisaciones resultaron fatales para el ejército: Un hombre que de la nada es colocado de improviso en situación ventajosa, se le despierta de súbito las ambiciones; y es por otra parte, el pegajoso que más quilates de pretensiones gasta, no escatimando medio alguno, por bajo y ruín que sea, para su mayor preponderancia. Es un hombre tenebrero y fatal, por el mismo hecho de su origen espurio, en donde dejó sepultado el

rubor tan necesario para conservar la dignidad. Es el pollo desplumado convertido en pavo real.

Y así fué, que mientras los oficiales que habían iniciado su carrera o como soldados, o en la Escuela Militar, sufrían abnegadamente en la campaña de Esmeraldas, donde combatían, se enfermaban o morían; los disfrazados adulaban y conseguían ascensos y ventajas en Quito.

Algunos de los porta-galones, como los hubiera dicho Andre Gavet, llegaron a irse a la campaña; pero después fingieron estar locos o alegaban enfermedades; y por último, se declararon ineptos con el fin de conseguir su pronto regreso.

Y era de verlos entrar y salir de las oficinas superiores de Quito. ¡Qué de heroismos relataban! ¡Qué sufrimientos habían resistido estoicamente! Sólo la maldita enfermedad les había traicionado, que de lo contrario, con su presencia, la campaña habría dado fin muy pronto.

La audacia imaginativa, el descaro, la falta de vergüenza en una palabra, juega decidido papel en la carrera.

Cuando se terminó la campaña, muchos de los oficiales antiguos, volvieron con los mismos grados, y su sorpresa fué grande al ver que aquellos civiles ostentaban grados superiores a los de ellos.

Y así, de sorpresa en sorpresa, de asalto en asalto, llegaron más tarde, muchos de ellos a ocupar los más altos puestos del Ejército.

La carrera de nobleza y dignidad, de honor y abnegación, se acabó en esos tiempos

y talvez para siempre, si no hay una mano fuerte que imprima nuevas orientaciones en la clase armada. ¡El palanqueo, el círculo y la bajeza, surgieron pues desde entonces!

EPOCA JULIANA

EL MERITO

EL CARACTER

EN esta forma entramos a la época de la Revolución Juliana.

Una revolución, por nobles y limpios ideales que persiga, si el ejército es factor principal de esa revolución, tiene sus agravantes o desventajas para la disciplina, organización y moral del ejército. Se introduce la clase armada en el terreno político; es decir, en un terreno escabroso y completamente ajeno a su misión.

La desorientación es lo primero que se presenta; siguen los errores y abusos; como consecuencia, el alboroto y el caos. Todos hablan y nadie quiere someterse a la superioridad; y por fin se termina por recurrir a los civiles y muchos de ellos los mismos que se les había botado el día anterior. El primero de los oficiales ambiciosos que tiene entronques o relaciones de amistad con algún civil y ve la posibilidad de cosechar algunas ventajas, da su nombre, y el resto arrastrado débilmente por el más audaz, aprueba. Y así muy bien

puede surgir el menos autorizado: un anónimo a veces.

En el ejército surge también un grupo. Aprovechan los que más hablan, los que más presente se hacen y los que más trincas y combinaciones tienen en el momento oportuno.

En la época a la que me refiero (la juliana) hubo un poco más de dignidad, por lo menos, al principio. Rechazó la oficialidad toda recompensa de parte del Gobierno.

Mas esto no fué sinó por unos pocos meses. Surgieron luego las ambiciones y un grupo de oficiales oportunistas se hizo cargo de la delicada tarea de los ascensos. Se comprende, naturalmente, que ellos, primero eran los escogidos; y por primera vez se puso en juego la palabra «mérito» para disfrazar así la falta de tiempo de servicio y otros requisitos que hacen al oficial acreedor a una recompensa.

No satisfechos con esto, a los pocos meses, quisieron ascender nuevamente atribuyéndose, un reducido número desde luego, «Mérito Especial». Estaba pues la inventiva de palabras doradas en su apogeo.

Desde entonces he visto emplear muy mal esta palabra. En otros ejércitos, ya lo creo que hay ascensos por *mérito*, pero tienen que destacarse cien codos sobre el nivel común. Por ejemplo, en la Revista Militar «El Ejército Nacional», se publicó la noticia del ascenso a Coronel del Tte. Cnel. Pittasi Manella, en el ejército italiano; y la misma revista decía que al cabo de algún tiempo había suce-

didó este ascenso por mérito en las filas armadas del Reino de Italia. A Pittasi le conocimos: es un sabio.

En otro libro he visto que al Cnel. Deppor, inventor de una cureña, le ascendieron por *mérito* en Francia.

Y últimamente leí, en una noticia de periódico, que el General Franco había ofrecido ascenderle por mérito, al Jefe de los sitiados en el Alcázar de Toledo. ¿Qué había hecho este militar? Sencillamente fué el alma donde emanaba ese valor legendario que hacía recordar los sitios de Numancia y Zaragoza. Había resistido tres meses de combates diarios. Las baterías de artillería enemigas hacían poco efecto en los murallones del Alcázar; pero algunos cientos de kilos de explosivos colocados en los cimientos iban reduciendo a escombros la fortaleza. Centenares de hombres habían desaparecido entre las ruinas. Los que aun vivían se refugiaron, por fin, en los sótanos del edificio, como último recurso, desde donde combatían denodadamente. El enemigo les intimaba rendición, mas ellos no aceptaban sinó la muerte. Los víveres se concluyeron; y cuando las fuerzas rebeldes les rescataron, no tenían sinó seis escualidos mulos como única reserva de alimento. El ganado caballar y mular había servido de sustento a los héroes de Toledo.

He traído a la memoria estos ejemplos, simplemente para formarnos un concepto claro sobre la palabra *mérito*, porque entre nosotros abundan los ascensos por «méritos», solo por simple confusión de concepto o por audacia.

He visto ascender por mérito a cobardes, a ineptos y a gente asaz ridícula. No se quejen todos por esta gran verdad que con repugnancia he tenido que escribirla, porque si muchos no son merecedores de esta palabra, no tienen ellos la culpa y los demás no están comprendidos en lo dicho anteriormente.

En este juego de palabras —mérito y carácter— hay doble confusión. Para ascender por mérito, precede un ligero estudio de la vida militar y en épocas de Dictadura ni eso, porque está resuelto de antemano. Se reúnen unos pocos adueñados de la tarea de los ascensos. Citan el nombre del oficial que debe ascender por mérito. A alguien se le ocurre preguntar qué ha hecho? Nadie responde; pero al fin convienen todos en que es un verdadero carácter, porque haya o no haya hecho nada, el objeto es ascenderle para que forme un eslabón de la cadena...

¿Carácter?... Ciertamente que el Ejército se tiene a esa auto-educación; pero yo sería de la opinión que nunca se atribuya esta noble cualidad a un militar antes de que no haya demostrado en una situación difícil su carácter, siguiendo el ejemplo de un General Alemán.

Hace años milité bajo las órdenes de un Jefe que le creí la encarnación del carácter. Un décimo de segundo no se atrasaba a sus deberes. Serio, digno, enérgico al extremo que llegaba a la tiranía. Un desliz, una falta era imposible. Al parecer nadie tenía esa fuerza de voluntad. Ilustrado e inteligente, parecía que todo se reunía en él, y francamente, gozaba de fama de poseer un verdadero carácter.

En ese entonces hacíamos la guarnición en

Esmeraldas, a raíz de la famosa revolución de Concha. Se decía que de un momento a otro podría producirse una reacción. He ahí, que un buen día llegaron noticias a la Gobernación que de la montaña se acercaba una fracción revolucionaria a tomarse la plaza. El Jefe de mis referencias, aquel día, que se hallaba sano y bueno, llegó a conocer esta noticia. Por la noche la unidad apostada en la ceja del monte esperaba el ataque a órdenes de un anciano que era el primer comandante. El tercer comandante, a esas horas, enviaba con su ordenanza a comunicar al primer Jefe que se había enfermado esa tarde. La enfermedad duró tanto como duró el peligro.

Desde entonces he creído que el carácter para ser tal, necesariamente ha de partir de la base del valor; de lo contrario, no es sinó, como en el caso citado, un mero cumplidor del deber en tiempo de paz. Un Jefe tirano, cruel, sin medida en sus exigencias y que en el momento preciso se enferma, toma pues la singular característica de hiena en tiempo de paz y de liebre en el de guerra.

La inteligencia es otro factor del carácter, porque las cosas hechas sin una visión clara resultan como provenientes de un mal carácter o de atolondramiento. Si adaptamos este principio a lo que sucede en el ejército cuando se trata de aplicación de castigos, y según lo cual, y solo por esto, muchos se creen tener carácter, convendremos, si observamos detenidamente, que a menudo, esa energía no es sinó aparente, emanada mas bien de sentimientos insanos, porque nuestro ser da cabida a rencores, antipatías, envidias, odios y

todos sus derivados, antes que a sentimientos elevados. Hay superiores que se complacen en el sufrimiento del subalterno. Buscan, no corregir las faltas, no poner el aceite necesario para que la máquina funcione suavemente, como debe propenderse con sana moral; sinó encontrar la ocasión de que goce su espíritu en la maldad. Por eso hemos visto con frecuencia que en ocasiones, el castigo no depende de la gravedad de la falta cometida, sinó del estado de ánimo del superior. Acaso es desconocido lo que alguien decía en nuestro ejército? «Hoy no he tenido un buen día, porque no he hecho ningún mal». Entonces, si tal cosa sucede, el superior será perverso, no enérgico; será malvado, no de carácter, como se confunde con frecuencia.

Sí, la energía desmedida y sin criterio, no creo que provenga de esa firme y excelsa voluntad llamada carácter. En la Escuela Militar imperaba la violencia. En los cuarteles el ultraje. Un ser humano tratado en esa forma, me parece que se le hace timorato. El subordinado que cumple con el deber sólo por el temor al castigo, es un hombre de quien se ha apoderado el miedo; y según dice un pensador «a lo único que debemos tener miedo es a tener miedo»; seguramente porque el miedo destruye la moral que es lo que más se debe cuidar y realzar en el soldado; es decir, en el desmoralizado degenera la voluntad, se pierde la inteligencia y adiós la esperanza de toda acción útil. Si hacemos miedosos y desmoralizados? qué queda de ese hombre?... La guerra, ante todo, es de ejecución respaldada por la fuerza moral, según

decía Napoleón. De modo que, lo ideal sería militares disciplinados, no acoquinados; viriles, de honor, cumplidores del deber y sobre todo valerosos. A esto se debe propender y se puede conseguir no tanto por la violencia, sinó más bien por la educación moral.

No se crea que clamo porque se destierre el castigo en el ejército. No; el castigo es necesario, sobre todo cuando nada pueden las razones sobre el sujeto; y el castigo debe ser más enérgico cuando se comprenda que se trata de entorpecer la acción de la superioridad; o de una manera general, cuando directa o indirectamente la falta tienda a desconocer o quebrantar la disciplina.

En los grandes hombres que han surgido en la humanidad hemos de estudiar el carácter. Aníbal se propuso llevar la guerra al corazón de Italia trasmontando los Alpes. Empresa gigantezca que se admira a través del tiempo. Los Galos conocedores de las regiones alpinas le desanimaban, porque creían imposible que un ejército numeroso pueda salvar tantas dificultades. Su poderosa inteligencia, en cambio, le indicaba las posibilidades. En esto consiste el genio de un hombre: en ver lo que otros no ven. Y emprendió la marcha, y no había potencia humana, ni dificultades que no venciera en esa agreste naturaleza. Llegó a Italia, aunque en las cimas heladas de los montes dejó más de 20.000 hombres desaparecidos. Pero llegó a triunfar y a coronarse de gloria.

Bolívar, tres veces derrotado, se iba solo a Centro América con el dolor de haber visto

sus legiones desbaratadas; pero jamás amedrentado, ni dudando de que algún día conseguiría la libertad de América.

Y sin buscar hombres que han sido genios, traigamos a la memoria al General Rafael Arellano. Un buen día se inserruccionó una unidad en Tulcán y le llevaron prisionero, por haber sido la primera autoridad militar del Norte. Llegaron los revoltosos a un campo lejano de la ciudad. Allí le intimidaron, le exigieron que diera la orden de que la plaza se rinda, pues había quedado en Tulcán un batallón leal. El General, estóicamente les contestó: «Las plazas no se toman con firmas sino a sangre y fuego». Le replicaron diciendo que sería fusilado: «Ya he vivido mucho, les contestó, y pueden hacerlo». El General por entonces contaba con más de noventa años y de suponer era que todas sus facultades hubiesen disminuido... He ahí el carácter.

Y volviendo a nuestro punto de partida, debo decir que hubo una persona sensata, que comprendiendo el sinnúmero de injusticias que se cometían y pensando terminar con los palanqueos y argollas, estableció el examen para la respectiva promoción de grado. La idea fué magnífica, y confieso que buen provecho se ha sacado. En esta forma se entusiasma a la oficialidad para que se dedique al estudio y cotidianamente viva pendiente de los libros. Para los oficiales que carecían de apoyo, se les abrió las puertas de las aspiraciones y el triunfo. Fué, en mi concepto, un excelente paso dado en favor del ejército.

Desgraciadamente, en nuestro medio ambiente, todo se tuerce y desvía. Bien pronto aso-

maron en las Leyes Militares artículos que exceptuaban del examen teórico a un determinado grupo; o sea a los que poseen títulos académicos. Yo convengo en su preparación, pero por lo mismo es conveniente que evidencien sus conocimientos en los exámenes teóricos, puesto que bien puede suceder también que por el hecho de estar exceptuados del examen se descuiden de los libros militares. En esta forma quedaría todo el conjunto en igualdad ante la Ley, que es a lo que se debe propender; y sobre todo se desvanecería la idea — que tal vez no tenga razón, pero existe — de que los académicos constituyen una odiosa argolla.

Por otra parte, aún en el examen mismo parece que había ciertos deslices, con uno que otro Jefe de alta graduación. Así, oí comentar en una provincia, lo siguiente: le llamaron de improviso a cierto Jefe a que rindiera examen para su inmediata promoción. Este Jefe, con sinceridad y franqueza, les manifestó que aún no tenía preparadas las tesis respectivas. Pero le exigieron que se presentara a llenar la respectiva fórmula. Así fué que con una corta conversación amistosa obtuvo su grado superior.

Mas, si es verdad que uno u otro caso ha habido por favoritismo, o tal vez por conveniencias políticas, debo decir, también que de manera general, el examen fué un beneficio positivo para la institución. En él se delinea claramente la personalidad mental de cada uno; y por esto conocemos a muchos hombres y nos abisma ciertas situaciones. Y para no contar sinó un caso, analizaré sola-

mente el examen de un Sargento Mayor de entonces.

El hombre se perfila moralmente desde los vacilantes pasos de la infancia; así, al futuro Jefe se le distingue desde sus comienzos, desde su iniciación en la vida militar. Apenas le hicieron el favor especialísimo de obsequiarle el grado de Alférez, por no se qué maquinaciones ocultas, sin haber pisado ni los umbrales de un cuartel, ni los de la Escuela Militar, fué a un Curso de Aplicación de enseñanza rudimentaria y fácil. En ese Curso el último puesto no tenía competidor alguno: era de él, sin embargo de que pasaban de treinta los alumnos. Con este antecedente — que espero lo recuerde el lector — manifestaré que tiempos después se establecieron los exámenes de grado, cuando por entonces había usurpado ya, por medios ilícitos, las palas de Sargento Mayor. Alguien refiere que hacía los posibles por estudiar; pero todo es inútil cuando la naturaleza no ha sido formada para recibir los destellos de la luz. Al fin, se presentó al examen sin saber nada, porque la audacia es característica y propia de la ignorancia. Los examinadores benévolos y humanos, creyeron que se trataba de una mera turbación, porque el hombre estaba convertido en una estatua de bronce y le ayudaban y le encausaban a la tesis que debía desarrollar; mas, pronto reconocieron que estaban equivocados y que se hallaban frente al peñón de Gibraltar. El tribunal, después de agotar todo medio, tuvo que levantar bandera blanca y rendirse ante la fortaleza. Le dijeron: «le tomaremos el exa-

men en otra ocasión». Quedaba pues despedido y rechazado, por inepto, el futuro Generalísimo de la República.

El examen fué el fantasma más grande que tuvo para su promoción de grado; pero tenía que presentarse, aún cuando sea para pasar nuevas y mayores vergüenzas, porque era requisito indispensable. Al fin encontró el tribunal que se compadezca y ante las *razones* de un bien servido banquete, le pusieron la calificación necesaria para su promoción. En esta forma consiguió el grado de Teniente Coronel; y es al único grado que lo concedo cierto mérito por las *vergüenzas que pasó*.

Poco tiempo después su ambición nunca satisfecha columbraba los entorchados de Coronel. En esta circunstancia hice un viaje a Riobamba, en donde se encontraba el sujeto de mis referencias de Jefe de Zona interino. Allí me manifestó que tenía resolución de separarse del servicio, porque le exigían examen para la respectiva promoción. Agregó, que no tenía intención de presentarse, porque encontraba imposible el estudio de las tesis respectivas. Además, dijo: «En el Consejo Superior Militar hay un personal que no me dejará pasar; si venzo esta dificultad ascenderé, y de lo contrario, no me queda sinoirme a mi casa, antes de que me manden».

La nueva forma que buscaba para su ascenso, francamente, no se me ocurrió; pero si vino a mi memoria lo que hace algunos años tuve ocasión de ver, cuando servía en un puesto cercano a la primera autoridad del ejército. El J. de E. M. Gral. de entonces era

de reconocida honorabilidad. Digo pues, que este Jefe me dió la tarea bastante pesada de contestar su correspondencia. Al leerla, francamente quedé sorprendido al ver cómo llovían las peticiones de ascensos. Algunos le dedicaban sonetos, en los cuales le hacían más grande que Bolívar y Sucre. Muchos querían congraciarse dañando a compañeros e inferiores. Otros tenían solo el objeto de prodigarle alabanzas. En fin, en mi concepto, fue aquello un escándalo completo; y tenía que contestar, usando de una forma moderada, cual correspondía a la personalidad a quien representaba y la época por la cual atravezábamos.

Mujeres que solicitaban ascensos para sus maridos; unas en tono sospechoso, ridículas otras y denigrantes todas. Hermanas, madres que se hacían presente. El Jefe de mis referencias, era un hombre de inmaculada moral a quien no le sedujeron, ni promesas ni lisonjas.

Pero conozco que no todos proceden, ni han procedido en igual forma, y muchos han aprovechado de estos signos de debilidad humana. Entonces, tendremos que convenir, con aquellas palabras que le atribuyen al General Maza, héroe de la Independencia, al tiempo que el Libertador ascendía a dos Tenientes Coronales; el uno, Maza, por sus relevantes y propios merecimientos, por su valor legendario; y el otro, por favor de la esposa. Una vez recibidas las insignias, dijo Maza: «Mi General, agradezco por el ascenso que se me ha concedido, pero tenemos que hacer una diferencia, y es esta: unos as-

cendemos por la espada, y otros ascienden por la vaina».

Y como estos escritos tienden, en lo posible, a completar la obra de moralización del ejército, se me ha tentado también contarles algo que un General Maza, en estos tiempos, hubiera hecho la misma diferencias, para que como consecuencia de ello saquen un sano y sincero consejo, especialmente la oficialidad joven, de quienes se espera la completa hombría de bien. Hay personas que por el vil interés de una estrella, hacen intervenir a la mujer, a la hermana, creyendo quizá que no pasará de una petición sencilla, acompañada de una sonrisa cortéz. Pero hay mujeres que no han esperado si no esta ocasión para pervertirse, con tal de verle rodeado de estrellas al marido, sin comprender seguramente que esos galones, el público como el ejército, los ven ridículos y despreciables, por más que el sujeto se halle en destacadísima situación y haya tomado el camino del divorcio.

Dicho esto a manera de paréntesis, sigamos con nuestra relación.

El Consejo Superior Militar, organismo vital de la institución, creado con el primordial objeto de garantizar la vida profesional del ejército, nada ha podido en ciertos casos. Ocasiones ha habido en que el Ministerio de Guerra deseaba tal o cual ascenso, sin que a ese oficial le correspondiera, y el Consejo ha tenido que ceder aun siendo de opinión contraria.

Por otra parte, y con alguna frecuencia, el Consejo formaba otro círculo de acuerdo con las conveniencias personales de sus miembros. Se ha dado el curiosísimo caso de que

un Consejo disponía que los ascensos de oficiales, que hubieren rendido sus pruebas y estén colocados en la selección B., se efectuen de acuerdo con la antigüedad en sus respectivos grados; pero no pasaban muchos meses, que nuevos miembros del Consejo Superior desvirtuaban la reglamentación anterior, ordenando que los ascensos se hagan, no de acuerdo con la antigüedad en el grado, sino con la antigüedad en los exámenes. Y así se alternaban estas disposiciones con el objeto de favorecer a determinadas personas; mientras que el resto de la oficialidad no sabía, al fin, a qué atenerse, y de una manera especial, los colocados en la letra B., tenían que pasar por esta tortura moral de seguir las fluctuaciones de estos acuerdos.

Es una verdad indiscutible que las resoluciones de ciertas entidades llevan como un sello moral el de las personas que la integran. Ha ido al Consejo, gente seria, honrada y digna y sus resoluciones han sido justas, razonables y tendientes al bien, haciendo efectivas las garantías para el oficial. Pero, llévese a su seno ambiciosos y se verá que todo gira al rededor de esos círculos.

Debe existir el C. S. M., pero, con hombres de reconocida moralidad e independencia, para que puedan rechazar esa infinidad de súplicas de familiares y amigos; y debe ser integrado con hombres que hayan vivido en los cuarteles, y hayan recogido entre la oficialidad subalterna impresiones desfavorables, que con justicia ha existido contra aquella entidad.

Juntamente con estas medidas, habría que

reformular algunos capítulos de la Ley de situación militar y ascensos; especialmente borrar aquel artículo que viene a ser como las horcas caudinas para ciertos ascensos por antigüedad. Dicho artículo faculta al Consejo; que además de las condiciones exigidas por la Ley, como ser exámenes teóricos, prácticos, etc., quede todavía a juicio de esa entidad la comprobación de la idoneidad para el nuevo grado. Es decir, pueden quedar todos o ciertos oficiales candidatos para el ascenso por antigüedad, al criterio del Consejo y sujetos a nuevas exigencias, y todo esto después de haber rendido satisfactoriamente las pruebas que la Ley ha previsto.

Estar sometido al criterio de un hombre o de varios hombres, es cosa bastante incierta en la vida militar; es lo mismo que estar sometido a los vaivenes de la suerte. He conocido oficiales que llenaron todos los requisitos a satisfacción y sin embargo encontraron su antemural insalvable en el criterio del C. S. M., que daban eternas treguas para las nuevas pruebas. Esto me parece una tiranía que se ha ejercido con determinados ofiales.

Y generalizando este tema, digo en ciertos casos, el criterio de los hombres que tienen mando es tan variable que depende en su mayoría de algún factor de simpatía o antipatía que hayan impresionado en el ánimo del superior; de ahí que, no es raro encontrar un oficial que en una unidad haya sido calificado de regular, malo, etc., y en otra, conste en la selección No. 1.

He visto calificar a un Teniente compañero mío con notas bajísimas en el formulario de

«Inclinaciones Morales», sin embargo de que era un modelo de padres de familia; un hombre que se sacrificaba por mantener a su madre anciana, con un corazón abierto a todas las bondades. La razón?... Cierta primer Jefe, gustaba ordinariamente en horas del almuerzo contarnos su vida pasada, llena por lo regular de heroísmos. Y en una de sus aventuras políticas fué hecho prisionero y desterrado. Navegando con dirección a las costas de Perú, de improviso vió entre las olas del mar una mujer hermosa, con larga cabellera, que tenía la mitad de pez y que cantaba con una voz angelical: conocí la sirena, nos decía. El oficial de mis referencias no pudo contener la risa y todos los demás, al instante, le siguieron. He ahí, desde el próximo mes sus calificaciones mensuales habían disminuido notablemente y de manera especial en inclinaciones morales.

Por esos mismos tiempos ingresaron el ejército unos hermanos, que habían servido de ayudantes de escuela, en una de las aldeas de la provincia de Imbabura. De la noche a la mañana estaban, pues, de Alféreces y su papel en las unidades se redujo, al principio, a servir de eternos rancheros. Uno de ellos vino a la unidad en donde prestaba mis servicios. Bien pronto le vimos llevarse con dos únicas personas: con el primer Jefe y un Sargento de magníficas condiciones físicas que hacía de Ayudante de rancho. Con el primer Comandante gozaba de grandes ventajas económicas, provenientes de las economías en el rancho; y con el individuo de tropa hacía vida íntima, inseparable y sospechosa,

Las calificaciones?... Excelente, especialmente en inclinaciones morales. Todo el cuadro de oficiales subalterno admiraba este caso rarísimo. Verdad que el primer Jefe nunca supo de la vida miserable de este sujeto, y tan solo le calificaba óptimamente por pagarle así los buenos servicios económicos que le prestaba.

AL ASALTO

ENTRAMOS a una nueva época que hay necesidad de seguirla con detenimiento, porque principió a delinearse con caracteres tenebrosos.

Fatalmente el ejército se vió precisado a tomar en sus manos las riendas del Estado. Y la clase armada procediendo con toda sinceridad y sin demostrar ambición de mando, puso la Jefatura Suprema en manos del Sr. Federico Páez.

Creo hasta cierto punto disculpable, que un ciudadano, buscado al acaso y colocado de improviso en la alta situación de Dictador, no esté con los nervios en su punto; máxime si este ciudadano no posee el valor suficiente para que todos los actos de su gobierno lleven el sello de su personalidad; ni tiene el carácter tan indispensable, que ha hecho en todos los tiempos, célebres a los hombres de Estado.

Creyó al principio que arrimándose a cierto partido político, aseguraba su estabilidad en el poder; y como el Ministro de Defensa era un obstáculo para las numerosas reincor-

poraciones de oficiales caídos en diferentes épocas y afiliados a ese organismo político, se vió precisado a prepararle una trastada bastante ruín. Por esto razón el Ministro de Defensa se vió en el caso de renunciar.

Debo decir que de las reincorporaciones no soy adverso. Yo mismo me interesaba por algunos que conocía eran merecedores. Si en el escalafón hay vacantes, en buena hora. No hay razón de cerrar las puertas a esos camaradas que talvez injustamente han salido. Que regresen con la experiencia que han recogido en la vida civil, los que a causa de los eternos juegos políticos han tenido que abandonar las filas; y muchos que inocentemente se han dejado arrastrar por los innumerables torbellinos políticos que se suceden por desgracia, en el Ejército.

Pero, como simples acomodados políticos, no es justo ni legal. Sacar unos; traer otros. Ascender a los menos antiguos; y despedir a los más antiguos, sin mínima razón, es dejar un precedente funesto en la institución, por la codicia que engendra tal procedimiento.

El señor Páez no necesitaba recurrir a ninguna medida drástica para estar seguro en el poder, porque aún cuando él no haya sido merecedor, el ejército lo colocó en esa alta situación y tenía que sostenerle. Resulta, pues, una ingratitud que sus primeros pasos en el Gobierno fueran precisamente en contra de los mismos que le levantaron.

Luego después parece que el Encargado del Mando Supremo tuvo gratitud con Enriquez, quien se valió de todo medio para que fuese elegido Dictador el señor Páez, y éste

para favorecerle suprimió el C. S. M., entidad que era un obstáculo para el ascenso de Enríquez, porque le exigía el examen respectivo; examen que jamás lo hubiera dado, como ya lo dijo en Riobamba, puesto que su preparación no le permitía.

Una vez ascendido le llevó al Ministerio de Defensa al que habían subido militares esclarecidos, como los Generales Francisco Javier Salazar, Plaza, Arellano, &. El Sr. Páez, tuvo, pues, el mismo capricho de Calígula, al integrar su gabinete con un segundo In-sitato.

Entonces un grupo de Jefes y Oficiales ambiciosos, que proyectaban seguir su ejemplo, le rodearon al nuevo Ministro; y ellos mismo se encargaron de hacer la lista de los Jefes y Oficiales más antiguos, quienes debían ser retirados, a fin de que haya colocación para el segundo asalto a la jerarquía.

Como complemento de todo esto, el Ministro encontró la brillante ocasión de satisfacer venganzas, rencores y aún envidias; que como ofrenda personal a la carrera, es lo único que podía dar.

La antigüedad para él, era una cosa odiosa. Se trataba de hombres que conocían su origen militar; de su ineptitud e ignorancia; por lo tanto, había que eliminar todo lo que le podía hacer sombra en ese alto puesto.

Y así sucedió. Los hermanos Robalino fueron separados, por el crimen de haber uno de ellos denunciado ciertos malos manejos de fondos a la Superioridad Militar; y así como ellos fueron separados también de las filas militares los hermanos Fernández.

Alguien me dijo, al tratar de la separación de tantos Jefes y Oficiales, que si es verdad el Ministro no procedía con serenidad ni justicia, en cambio se manifestaba un decidido apoyador del elemento joven. Yo me encontraba en servicio todavía y le refuté con algunas razones.

¿El Ministro apoyador de la juventud?... ¿Cómo? Los más antiguos a un lado sin examinar si valen o nó? Se les sometió a alguna prueba para ver si sus condiciones físicas o intelectuales habían disminuido? Nada de eso, que ni se le nombre de exámenes al Ministro, porque tenía que ponerse al frente y quizá se hubiera visto obligado a ser uno de los examinadores; y entonces, el ínfimo de los despedidos del ejército tenía para reírse toda la vida de él.

Pero, quien puede asegurarme que apoyo a la juventud se hace en la forma desquiciada como él lo ha hecho?... Habrá apoyo, por el hecho de sacar a dos cursos de la Escuela Militar sin que den el examen, cuando estaban a punto de terminar honrosamente?

Yo creo que el ejército habrá comprendido la finalidad que perseguía con tal procedimiento. Sencillamente, trataba de encubrir sus desnudeces morales, mancillando así la vida militar de los cadetes; de ese personal selecto que estaba capacitado para rendir las pruebas respectivas.

Será apoyo a la juventud, decretar el ascenso de dos grados, antes de los seis meses y precisamente las gerarquías que más requisitos deben llenar y más tiempo y expe-

riencia tener, como son los grados de Comandantes y Coroneles?

Me parece que esto no es sinó un plan preconcebido al enredar a todos ellos en el asalto a la gerarquía iniciado por él.

Y digo que les hizo un mal, porque aún cuando los beneficios pecuniarios fueron inmediatos, sin embargo el ejército mira con desprecio esas insignias, ya que la disciplina, no es, no puede ser ciega. Una cuadrada enérgica ante esos galones usurpados no es sinó una sumisión aparente, un simple disimulo de lo que adentro sucede, en cada uno de los que son dignos en el ejército: el desprecio.

El país conoce de la altiva propuesta del digno Comandante Suárez, cuando le ascendieron a Coronel, que al mismo tiempo que fué un bofetón en mejillas sin rubor, fué también el corté al nuevo asalto que pretendía Enríquez para el grado de General. Digo, pues, que todo esto fué un mal, porque alguno de ellos podía haber llegado a esta gerarquía con dignidad y honor, y no en la forma desvergonzada y escandalosa en que se ha hecho.

El apoyo a la juventud es distinto. No puede dar el versado en asaltos a la gerarquía. Ni el que a ojo de buen cubero promueve ascensos con el fin de formar trinças despreciables entre el alto Comando. En esta forma se daña la juventud, porque se le hace despertar la ambición tan suceptible en ciertos caracteres y en ciertas épocas de la vida; esa manía que viene a ser como fiebre de ascensos, de donde se han derivado muchos daños materiales y morales para el ejército. Y lo

que es más, se empaña el honor del ejército, que según consejos de Napoleón es lo que más hay que cuidar.

Apoyo a la juventud sería, propender a su ilustración, siendo el maestro, el educador, el guía por senderos del saber profesional. Apoyo sería, encausar a esa juventud por la línea recta de la justicia a fin de que cada uno tenga aspiraciones en relación a sus esfuerzos. Darles ejemplo de abnegación, porque en la guerra es la virtud que más se ejercita. Hacer que se confirme aquella teoría: «que la carrera de las armas es de honor y dignidad»; y no hacer que esos jóvenes bien pronto se decepcionen, al ver que no es sinó un simple juego de escamoteo en donde desempeñan su principal papel, la adulación y el servilismo.

Destruir las trincas, las argollas y que no se hallen sujetos sinó a las leyes sabias y buenas. Propender al mejoramiento material y tomar medidas enérgicas contra la endémica enfermedad del ejército: la maledicencia. Eso sería apoyo a la juventud.

¡Ah!, es cosa horrible observar como sórdidamente se denigran unos a otros, entre los del mismo grado, para desprestigiarle y ver si en esta forma le anulan al que creen que puede ascender antes. Si es inteligente, si es racional, con mayor razón.

Los jóvenes egresados de la Escuela Militar, generalmente ingresan a las unidades con sana moral; entusiastas para el trabajo, cumplidores del deber y respetuosos a sus superiores. Jóvenes al fin, sin conocimiento de las miserias de la vida. Pero bien pronto

oyendo las críticas, las calumnias, se hacen también, aún que sea lentamente, al medio ambiente del ejército: la maledicencia. Entonces, en el inferior viene a germinar la odiosidad al superior.

En este folleto he procurado decir todo lo malo que he observado en la carrera, ciñéndome estrictamente a la verdad y procurando hacerlo con la mayor claridad, para esperar una reforma en el porvenir.

Y entonces, que el digno y el honrado, el inteligente y el ilustrado, el valeroso y el de carácter, el cumplidor de los deberes y el abnegado, tengan las puertas abiertas hacia los escalones de las altas jerarquías, llenando, desde luego, con los requisitos de examen y tiempo de servicio en el grado. No se debe precipitar la carrera de nadie, por más que revele las cualidades guerreras de Molke o Napoleón, porque se apodera de ese individuo el envanecimiento, que es otra de las cosas chocantes en el ejército; y también porque se le pierde en la carrera, haciéndole en definitiva un mal político, dispuesto a intervenir en toda revolución. Dar un corte al adulo y servilismo, porque estas son condiciones negativas. Del adulón, no es de esperar que defienda el Alcázar de Toledo. No es bueno sino para los chismes, la disociación y para que viva a manera de lacayo pegado a un superior, mientras esté en estas condiciones y el primero en darle las espaldas cuando ha caído.

El hombre que emprende en esta labor, será el verdadero depurador del ejército; y no como se expresó nuestro moderno Clau-

dio: por decir desorganización, dijo depuración; tanto como en cierto examen de grado que en vez de decir granada dijo «tubérculo»!!...

En los antiguos tiempos de la Roma pagana, subió al trono de César un idiota, uno como fenómeno humano llamado Claudio. Los pretorianos y edécanes le eligieron y vivían cerca de él haciéndole creer que era el único hombre que podía reformar hasta el alfabeto. De los negocios del Imperio nada sabía; su única ocupación era sacar unos y poner otros, según como se demostraban de servirles. A veces despertaba de este como sueño de estupidez para ordenar alguna maldad. Sacrificó 19.000 hombres en un combate entre sus mismos barcos, sólo por darse una idea de cómo es una acción naval. Y cuando, según las costumbres de aquellos tiempos, las víctimas se despedían con estas palabras: «Salve César, los que vamos a morir te saludan», él les contestaba: «Conservaos bien». Su madre, para señalar la estupidez decía: «Es tan tonto como mi Claudio».

Y bien, uno u otro día, el ejército comprenderá que mis propósitos son sinceros. Por eso a él dedico estas líneas; y que tenga presente que las presillas de un Capitán tienen más brillo que los estorchados de un Mariscal, si para llegar a ese puesto ha mediado la bajeza, la adulación, el asalto, la traición o cualquier otra cosa de igual jaez.

MIS DISCURSOS

NO hubiera querido tratar en este folleto de asuntos netamente personales. Pero he visto la necesidad de hacerlo, para que el país conozca con detalles la posición falsa y ultrajante a la Nación, cuando a los altos puestos del Ejército sube un personal nada capacitado.

El que escribe estas líneas, servía por entonces, en un cargo del Comando Superior del Ejército; he ahí, que un buen día, el J. del E. M. G. del E. me hizo llamar a su despacho y en tono de confianza me dijo lo siguiente: como el Ministro es incapaz de tomar la palabra, ni de hacer un discurso, creo de mi deber ayudarlo, en vista de que el General Rojas, Inspector del Ejército de Colombia, viene con el señor doctor López, Presidente de aquella República; y el General trae un recuerdo — que no sé en que consiste — de parte del Ejército Colombiano para el nuestro. En esta virtud le doy la comisión de que escriba alguna cosita sencilla, a fin de que pueda aprender de memoria y esté preparado con oportunidad para el agradecimiento respectivo. La comisión cumplí en la forma siguiente:

«Señor General Rojas, &, &.

Inmensamente honrado me hallo, al recibir en mis manos este significativo recuerdo de confraternidad del bizarro como glorioso ejército de Colombia. Al mismo tiempo me

siento incapaz de expresar el placer con el que recibe el Ejército Ecuatoriano, el saludo de vuestro dignísimo Ejército.

Con motivo de la cordial visita del Dr. López, meritísimo Presidente de vuestra Patria, — de cuya visita nos hallamos muy honrados los Ecuatorianos — ha venido a conmoverse el sentimiento nacional de afecto y sinceridad a la noble e hidalga Colombia; sentimiento tradicional en nuestro pueblo que jamás disminuye a través de los años.

Por lo que respecta a la confraternidad de los dos ejércitos, digo, que esos lazos de unión están sellados con sangre desde los tiempos legendarios en que Nariño y Montúfar luchaban por un mismo ideal; Calderón y Girardot ofrendaban sus vidas por la misma causa de la Libertad Americana; y nuestros soldados, trasmontaban los Andes, cruzaban los valles en busca de nuevas victorias. Este es el único, pero indisoluble lazo de unión entre los dos Ejércitos.

Por esto, al recibiroos a Uds., debo decir, que no es una visita extraña, un saludo inesperado. No, es el abrazo fraternal que viene precedido del pabellón tricolor, símbolo de nuestras glorias comunes, insignia venerada de nuestros mayores y manto sagrado que nos une mientras él exista.

Señor General y demás Jefes y Oficiales del Ejército Colombiano: Les pido en nombre de nuestro pueblo, que no os consideréis extraños en esta Capital. Tenéis el honor de ser descendientes del ilustre General Córdova; de ese ejemplo de valor sin vacilaciones; de ese egregio soldado, encarnación del Es-

píritu Militar, y quien se coronó de gloria en el monte de nuestras libertades: el Pichincha. Para él nuestra admiración y gratitud son eternas. Así para la delegación del bravo Ejército de Colombia, nuestra distinción y nuestro afecto».

Luego después, el 24 de Mayo de 1936 se inauguraba un Curso de Caballería en Riobamba, a la vez que debían licenciarse los conscriptos de la Provincia del Carchi del Grupo de Caballería «Dávalos», y fui nuevamente requerido a darles haciendo algún pequeño trabajo, capaz de conservar en la memoria. He aquí las dos pequeñas alocuciones:

«Señores Oficiales del Curso de Caballería:

He leído en la Historia, que cuando Julio César llegó a España, lloró delante de la estatua de Alejandro el Grande, porque, decía, que a la edad del héroe Macedónico nada había hecho aún, por la grandeza de Roma.

Este episodio que les refiero, hemos de traducirlo, no solamente como un ascendido patriotismo y amor a la gloria; si no también, como un espontáneo y vehemente interés por el estudio, para nivelar conocimientos a los del grande hombre; conocimientos que debían traducirse, — más tarde — en fuente segura, de luminosas concepciones estratégicas y tácticas: medio único y eficaz en nuestra profesión de servir a la Patria. Y es así que Julio César llegó a ser la figura más destacada en la antigüedad.

Esto he traído a la memoria porque quiero deciros, que un Curso de Caballería, un Curso de cualquier arma que sea, ha menester que los Oficiales pongan fervor en el estudio;

afán por adquirir y ampliar conocimientos; sacrificio, si es necesario, para transformar nuestro espíritu y amoldarlo a las puras fuentes del saber profesional.

Lo que acabo de manifestarles, son requisitos indispensables para el éxito de los estudios; a la vez que tienen eficaz provecho para la formación del carácter. El carácter se educa también — Señores Oficiales — en los Cursos de perfeccionamiento de instrucción militar, y es precisamente, el acabado, diremos así, de la verdadera educación.

Si vencemos dificultades; si dominamos nuestra naturaleza contra la dejadez y el ocio; si somos constantes y abnegados; si trabajamos tesoneramente con férrea voluntad, no estamos haciendo otra cosa que, aproximándonos a la consecución de la mejor de las cualidades militares: el carácter. Y cosa sabida es, que inteligencia y carácter unidas estrechamente en una sola voluntad han dominado el mundo.

Refiriéndome a los señores Profesores, seguro estoy, que pondrán todo interés por la educación de este brillante cuadro de Oficiales; y espero que no olviden aquel sencillo pero sabio consejo de Molke, o sea que: «para obtener provecho en la enseñanza, hay necesidad de unir a las lecciones teóricas, ejercicios en el curso de los cuales, las materias enseñadas, sean aplicadas a casos particulares».

En nombre del Señor Ministro de Defensa Nacional quien debía venir, pero por múltiples ocupaciones de última hora, resolvió delegarme su representación; y en mi carácter

de J. de E. M. General del Ejército, declaro inaugurado el presente curso de caballería ».

« Conscriptos :

Estoy enterado y satisfecho del brillante resultado obtenido en las pruebas finales de instrucción, de vosotros nobles ciudadanos, que amantes del deber ingresastéis sin vacilaciones ni dudas a cumplir con el llamamiento que hiciera la Nación a los hijos de la Provincia del Carchi.

Satisfechos del éxito obtenido en el año militar de instrucción, deben, pues, llevar la frente levantada de orgullo al regresar a vuestros hogares, porque habéis demostrado constancia y voluntad que son signos evidentes del espíritu guerrero, del valor indiscutible de los hijos de vuestra provincia.

Debo si hacerles algunas recomendaciones; y es de que, no olviden al andar del tiempo, la instrucción recibida en esta Unidad. Que las prácticas de moral, disciplina y patriotismo, que los superiores pacientemente supieron inculcarles, constituyan en la vida civil vuestro mejor orgullo; porque debéis tener en cuenta, que sólo las buenas condiciones militares del país, harán flamear victorioso nuestro Pendón, allá en los confines de la Patria, cuando el clarín guerrero nos llame a sacrificarnos por nuestra Madre común.

Y es preciso también, que lleven todos la firme convicción de que pertenecen al arma de caballería y que son herederos de las glorias de aquellos bravos que en sus corceles hicieron estremecer los campos de Junín, para dar libertad al Perú; pero que, así mismo, supieron castigarles con el heroico jefe

de Caballería, el Comandante Camacaro, en las llanuras de Tarqui.

De una manera especial felicito al Sr. Primer Comandante del Grupo «Dávalos» y al cuerpo de instructores, para que, como un estímulo profesional, continúen con más empeño, con constancia verdaderamente patriótica, año tras año, modelando el alma nacional; formando el espíritu de caballería, grande, avasallador, impetuoso, características propias de nuestra arma.

Declaro legalmente licenciado al Grupo de Conscriptos aquí presentes».

Y por fin, copio el discurso que fué leído por el J. de E. M. G. el 5 de Junio de 1936, con motivo de que el Ejército colocaba una placa al pie del monumento a González Suárez. Este discurso se publicó en los periódicos «El Día» y «El Comercio» de Quito, el 6 de Junio del mismo año.

«Señor Encargado del Mando Supremo, Señores Ministros, &:

Cuentan los historiadores que una de las costumbres de los antiguos egipcios, era formar «El Juicio de los Muertos», cuando algún hombre público, algún magistrado, bajaba a la tumba. Las virtudes que había poseído, las acciones buenas que había hecho en su vida, indicaban los honores que se le debía tributar y la apoteosis de que era digno.

Y esta costumbre que traigo a la memoria, tiene su fundamento lógico. En vida de los hombres es difícil formarse un juicio completo de los merecimientos que les distingue. Vivimos saturados de odios y rencores, de

zozobras y ambiciones. Algo así, como una nube fatal nos cubre la razón; y entre egoísmos y depravaciones, termina por coultarse la verdad. Parece, pues, que sólo la muerte despeja esta densa bruma, y la posteridad distingue claramente los merecimientos de los hombres.

Pero esto, señores, como caso excepcional, no sucedió con el Ilustre Prelado y sabio historiador Federico González Suárez. El concepto exacto de su personalidad, estaba formado en el pueblo ecuatoriano durante su vida misma. Pocos y raros hombres han llegado a imponerse como él; y es que, no podía ser de otra manera, puesto que su sabiduría era una antorcha de luz bienhechora; su virtud, el más poderoso argumento para inspirar el amor y el respeto de todos los ecuatorianos. No era de aquellos, como alguien dijo, «que predicán la sencillez, para ganar la confianza; la confianza, para sojuzgar más fácilmente; la pobreza, para apropiarse de todas las riquezas, y, prometen otro mundo, para apoderarse mejor de éste».

En él hemos de distinguir al hombre de relevantes méritos; al Obispo destacado que predica la paz y la unión; al historiador paciente y laborioso que va a los archivos de España, para investigar nuestro pasado; al orador sublime, que electriza a las multitudes, cuando pondera las virtudes de Sucre, al tiempo de encontrarse sus restos; al patriota fervoroso, poseedor de ese mágico secreto, que ha hecho en todos los tiempos los hombres más ilustres, según su misma expresión.

Sí, esencialmente patriota. Nadie como él,

en estos últimos lustros parece que ha sentido esa fuerza oculta y misteriosa que hizo genios a Bolívar y Sucre y héroes a Calderón, Ricaurte y Girardot.

El solamente, entre los de su clase, podía haber dicho esa frase sublime, que encierra y compendia toda su grandeza de alma: « primero la Patria y después la Religión ».

Y en días álgidos para la Nación, cuando negros nubarrones amenazaban desencadenarse sobre nuestro suelo, nos dió una ruta segura y eficaz, aplicable en todos los tiempos: « Si el Ecuador está llamado a desaparecer, que desaparezca, pero no enredado en los hilos de la diplomacia, sino al aire libre y con el arma al brazo ».

El ejército, eminentemente sensible a los dictados del patriotismo, ha recogido estas hermosas palabras, para imprimirlas con el metal de nuestros proyectiles, y formar una placa que de hoy mas lucirá al pie de su ilustre autor, sirviendo de ejemplo para las generaciones venideras.

He dicho».

Ahora no me resta sino decir, que por entonces el Ministro de Defensa se hacía condecorar con la Medalla al Mérito en el grado de Gran Comendador.

He ahí el valor de ciertas condecoraciones en nuestro país.

GENERAL DE LA REPUBLICA

QUÉ es un General de la República?... Es el militar que durante largos años ha sacrificado su vida al servicio de la Patria; pero no solamente, en servicio constante de la unidad, dedicado a las faenas diarias, haciendo una que otra pirueta a caballo, sin salirse de una rutina, que con los años resulta cansada y estéril. Es al contrario, la acumulación de ciencia y experiencia en el mando, a medida que ha transcurrido el tiempo. Ha sido, por consiguiente, su vida de estudio y meditación, llegando a constituirse en alto exponente de la cultura militar de un ejército. Es el brazo fuerte de la Patria. Es el hombre que en el campo de batalla —y aplicando para este caso las palabras de Foch— vé «en medio de los casos particulares la situación tal y como se presenta, rodeada de la niebla de lo desconocido; aprecia sanamente lo que se vé, adivina lo que no se vé, toma rápidamente una decisión y obra en seguida vigorosamente y sin vacilar».

Por eso, cuando las fronteras están invadidas, la Nación vuelve sus ojos hacia sus Generales; y ellos veloces van a castigar al enemigo, de acuerdo con sus planes de defensa y seguros de su vista de águila, que aprecia claramente las situaciones estratégicas y tácticas. Así fueron Joffre, Ludendorf y cien más; y así son todos los Generales de la tierra, por

pequeña que sea una nación, cuando por sus merecimientos personales han escalado la más alta jerarquía militar.

Si recordamos que en la batalla de Riga, fueron empleados, por parte de los alemanes, nuevos métodos y procedimientos ofensivos para alcanzar la «sorpresa táctica» contra los rusos, tendremos que traer a la memoria al General Petain del ejército francés, que inmediatamente después de aquella victoria alemana, se apresuraba establecer entre sus tropas, los nuevos métodos defensivos, para tales procedimientos ofensivos. Es por lo tanto la guerra, «lucha de inteligencias y voluntades», para repetir el viejo axioma militar. Y esto nos dice también, que los Generales, deben ser lo suficientemente capacitados, lo más aptos, con genio verdaderamente militar, puesto que en sus manos está la suerte de la nación, las glorias conquistadas por nuestros antepasados y el porvenir de un pueblo libre. Y si recordamos también, que la victoria se inclina siempre al que mejor emplea sus tropas, creo haber dado suficientes pruebas de que un General no se hace por favor especial del pariente o amigo, no es tampoco el resultado de una trínca detestable... Eso no se alcanza con las propias manos, a hurtadillas, como signo de usurpación.

No, los Generales no están sujetos a esas aventuras. No pueden ser usurpadores del escudo nacional, para colocarse en sus hombros; son más bien los genuinos defensores del emblema nacional. Y cuando la República agradecida de sus eficientes servicios, reconociendo sus virtudes militares, les confiere

esta jerarquía, ellos se comprometen con su honor y su gloria.

Pero, cómo podemos hablar entre nosotros de honor y gloria, cuando en estos últimos tiempos los Generales no son Generales de la República?... General de la República, quiere decir que la Nación le ha conferido ese título, por medio de sus representantes en el seno del Congreso. No es una Dictadura, no es el padrino, quienes pueden obsequiar esa alta jerarquía. Es atribución soberana de la Nación.

Y debemos establecer esta diferencia. No es lo mismo que un Congreso confiera esos títulos, a un Jefe de prestigio, que ha llenado los requisitos de ley y después de un amplio examen de sus condiciones personales, a que lo haga una Constituyente ad-hoc, las mas de las veces, correspondiendo al favor de haber sido elegidos diputados y a quienes no les queda otro recurso que aprobar errores y usurpaciones cometidas en un régimen de facto. Es decir que moralmente la Constituyente no ha conferido ese título, sino que se ha resignado, ha bajado la vista en ademán de aprobación, como diciendo: a los males sin remedio no queda sino la conformidad.

Esto, desde luego, solo entre nosotros puede suceder. En otras naciones, pequeñas o grandes, pobres o ricas, los Generales son tan examinados en sus capacidades, en sus aptitudes, en su vida pública, más que si se tratara de un candidato a la Presidencia de la República. Aquí mismo, los Congresos anteriores, examinaban detenidamente las vidas militares, y de qué personajes?... Franco,

Andrade, Terán, etc. Y hay razón para ello. Un Presidente, sea cual fuere su actuación, se retira a la vida privada, después del período señalado por la ley. No así, un General, que su categoría es permanente, mientras dure su existencia. Y la responsabilidad? En sus manos, en caso de guerra internacional, está toda la juventud, lo más noble, lo más viril, lo más querido; en sus manos, todo el patriotismo de un pueblo; la suerte próspera o adversa de la República. Y depositar todo esto en manos ineptas, decidme, conciudadanos, sinó constituye un crimen inaudito?

Una Convención libre, integrada con hombres independientes, no abyectos ni esclavizados, que se interesen por el prestigio militar de la República, a la vez que traten de poner freno a las ambiciones y desafueros militares, preguntaría: Qué hazaña han hecho para merecer tanto honor?

Por qué, siendo un Oficial menos que medianía, con el grado de Sargento Mayor, de poca antigüedad, ha usurpado en menos de dos años las jerarquías sucesivas, hasta el grado de General?

Y al más destacado de estos personajes, también le preguntaría: Por qué siete días antes de reunirse la pasada Constituyente, os colocásteis a prisa, con vuestras propias manos, los entorchados de General?

Y entonces veríamos, las vacilaciones, las dudas y oíríamos que la única respuesta sería aquella que uno de estos ínclitos varones contestara a cierto amigo, que se congratulaba por sus rápidos ascensos: «Había que aprovechar la ocasión, dijo, con acento filo-

sófico, porque de la ocasión aprovechan los hombres, mientras las mujeres evitan la ocasión ».

¡He ahí ecuatorianos el criterio que ha imperado para los ascensos en estos últimos tiempos! ¡He ahí el secreto maligno que el país no ha alcanzado a comprender!

¡La Nación, pobre niña indefensa, no ha podido esquivarse de la ocasión, mientras los sátiros han ultrajado su pudor, abusando en masa de su inocencia!

En conocimiento de la anterior teoría de ascensos, no deberíamos hablar de moralidad, sino fuera porque atrás vienen generaciones de nuevos oficiales, en quienes puede hacerse doctrina estos procedimientos.

El Ejército está pasando una época verdaderamente nefasta. Se echa a la calle, a elemento sano, independiente, que no ha podido subyugarle para sus fines de dominación perpetua en la República. Y se obliga a abandonar las filas a elementos de prestigio como el Cnel. Rivadeneira, ex-Director del Colegio Militar, por rehusar el Generalato, por no querer partipar de ese que le llamaremos *nuevo asalto*.

Y, como puede dudarse de mis palabras, puesto que no es un incidente de dominio público, copio textualmente dos acápites de una carta dirigida por el referido Cnel Luis A. Rivadeneira, al titulado General Enríquez.

«No puedo tampoco dejar de expresarte, una vez más, que el ascenso a General, sería contraproducente, en estos momentos en que todo el mundo quiere ver sólo ambiciones personales en el ejército. Tal vez sería mejor

que terminara mi carrera de Coronel, a que llegara el Generalato sin la aquiescencia de la opinión pública, que como vuelvo a repetirte, es absolutamente adversa a los ascensos de oficiales generales del ejército».

Y más adelante agrega: «es incompatible que yo ahora me aproveche de la misma dictadura que repugné, para alcanzar ni el puesto más alto de la jerarquía militar, como es el de Comandante Superior del Ejército, ni el grado de General, que estimo debe ser otorgado por el Congreso o la Asamblea Constituyente, de quienes puede afirmarse que representan gran parte de la opinión pública nacional».

Debo también contar otro caso de lo más singular y que el ex-Ministro Cnel. Salgado conversó, autorizándome dar a la publicidad. La seriedad y buen criterio del referido Ministro, son prendas de verdad suficientes, para dejar constancia en estas líneas. Se hallaban juntos cierto día y al firmar el entonces Ministro de Defensa un decreto en el que se ascendía a dos Comandantes a Coroneles, le dijo: «Me repugna firmar este decreto, aún más, me da asco de estos ascensos, pero tengo que hacerlo»; y dicho esto firmó.

¿Cómo podemos entender esta política de ascensos? Por una parte se despiden del ejército a los que por moralidad, por buen criterio, no aceptan la usurpación de esta alta jerarquía, de enorme responsabilidad ante la República; y por otra, se asciende a los que no merecen — se comprende así — cuando ha tenido repugnancia de firmar el decreto.

En resumen, cómo se entiende esto? A mi

manera de ver la cosa es muy sencilla: Que al Director de los ascensos, le interesa muy poco — en una mayoría de casos — que sean o no Jefes de verdad, puesto que él mismo no lo es, sino que necesita dar la fórmula jerárquica a sus más allegados, quizá a sus incondicionales. así completar el círculo de la argolla dominante.

Si mis presunciones son fundadas, he ahí otro crimen imperdonable. Se pretende convertir al Ejército, que debe ser independiente, sin más caudillos que el deber y el honor, en un conglomerado de incondicionales?

Al abusar del poder y convertir en rústica propina los ascensos, para socavar la dignidad de ciertos hombres, que de suyo quizá han sido propensos a la abyección, a fin de despertar el interés de otros, se ha pretendido quizá contar con la incondicionalidad de todos?

No, eso no puede suceder. Entre la oficialidad hay gente digna, que siente profundamente el que se derrumben los pocos y buenos principios que aún existen; que saben que la carrera, antes que de recompensas y de saqueos, es de sacrificios; antes que de prevendas, es de abnegación.

Digo, pues, que han de reaccionar, se han de sacudir de esta tutela vergonzosa, de esta época de degeneración moral, que ha hecho comprender al país en general, todas las ambiciones militares; y como único resultado, el primero en nuestra historia, ha dado lugar al boycot a la clase armada.

Y ahora conviene recordar nuevamente ciertas palabras para establecer una vez mas la

verdad. ¿Esto será depuración del Ejército, como dice Enríquez?

Aclarados estos puntos de una manera verídica y a la luz meridiana todos sus procedimientos, nos proponemos suspender esta relación; pero antes, volvamos nuestra atención a los jóvenes Oficiales, a los militares dignos, para decirles que olvidemos este pasado sombrío del Ejército; y que la lectura de este folleto, nos sirva de lección, como una sana experiencia para el porvenir, a fin de que una vez encausados en un régimen legal, impere en la República aquellas palabras escritas hace siglos, en el Templo de Delfos: «Libertad, Ley y Paz».

Recordemos también aquel sencillo ejemplo, que nos dieron en la antigüedad, cuando cierto viajero, llegó a las puertas, no recuerdo si de Atenas o de Esparta; y al encontrar un guardián o centinela, le preguntó: ¿Quién manda en esta ciudad? El centinela le contestó: «Aquí manda la Ley».

Si la clase armada, unánimemente y en cada situación política difícil, respondiera: «aquí manda la Ley», puesto que el Ejército es el centinela de la tranquilidad pública, habríamos abolido para el futuro las épocas de escándalo y vergüenza nacional al desaparecer las Dictaduras.

Además, con el imperio de la Ley, nadie sería más beneficiado que el mismo ejército, puesto que sus componentes no estarían en su profesión a merced de las rivalidades, venganzas y caprichos de un hombre, sino sujetos a los reglamentos y leyes militares que abren a todos el campo de las aspiraciones.

Veríamos que se levantan sin precipitaciones, los capacitados, los de prestigio y honor; y se quedarían, por consiguiente, descartados, los aventureros, los que se aprovechan del caos, de la confusión, para colocarse al cuello una cuarta de paño colorado y titularse sin más requisitos, Generales, Coroneles, etc.

General!... Qué es un General? Napoleón decía: «Los Generales se dan a conocer por sus victorias o por sus bellas acciones». He ahí, que el gran Corso nos pone en verdaderos apuros, al querer aplicar entre nosotros esa como fórmula, para conocer a estos personajes. Victorias?... Por piedad, no hablemos de esto... Bellas acciones?... que conteste el Sr. Páez a esta pregunta...

General!... Qué es un General? En la antigüedad el pueblo proclamaba sus Generales; no los repudiaba. Milciades en Maratón y Temístocles en Salamina, escarmentando a los persas. Camilo en Roma, venciendo a los galos. Estos fueron Generales...

*

*

*

CONCLUSION

DESDE los primitivos tiempos en que se organizaban los pueblos, surgió la necesidad de una fuerza que vele por los deberes y derechos de los asociados, Nació el ejército que tiene esa misión y la de garantizar la seguridad y soberanía de la Patria.

Se han equivocado todos los hombres visionarios, amantes de la paz, cuando han dicho, que el ejército no es necesario; y otros que dicen: «que el peor mal sobre la tierra es el ejército». Víctor Hugo decía: «el porvenir es de Voltaire y no de Krupp. El porvenir es del libro y no del cuchillo.

Yo sigo pensando con Clemenceau, de que aquello no es sinó sentimentalismos irrealizables. La humanidad necesita una fuerza que la régule. La Patria, un escudo que la proteja. La ley, un punto de apoyo material. El progreso de una Nación, sería letra muerta sin la paz y el orden que impone la fuerza pública. Y las conquistas de la civilización, necesitan de un poder que las defiendan. Creo pues, que de Voltaire y de Krupp, unidos estrechamente, es y será el porvenir del mundo.

Si el ejército es elemento de orden, factor de progreso, respaldo de la Ley y seguridad de la Patria, está llamado, por consiguiente, a responder a estas necesidades y ser elemento útil a la sociedad.

Debe, por lo tanto, ser una institución muy bien organizada. De una seriedad en sus actos, que no tengan tacha y de una dignidad sin mancha. Sólo así, sus elementos irán surgiendo sin precipitaciones ni acomodos, sino por el estudio, la experiencia y cuando hayan adquirido las características especiales y tan difíciles que se necesita en los grados superiores. Entonces el país aceptará las promociones como justa recompensa, y el ejército podrá responder a su misión.

También yo repetiré aquel consejo trillado, pero no atendido de que el militar se aleje de la política y se concrete únicamente a su profesión, porque la verdad es, que la política ha sido la tumba del honor del ejército; y sobre todo, porque con la intromisión en asuntos ajenos a la carrera, viene a ser un elemento de desorden, y no de orden, cual es su propia misión.

Con las revoluciones, con los golpes de estado y las dictaduras, no hemos hecho otra cosa que sacar de la nada a ciertos civiles. Y en el ejército, hemos visto surgir a los menos pensados, a los aventureros; o sea que, una dictadura no es otra cosa que un período — por lo que respecta a determinados elementos — de piratería militar. Es decir, que no hemos sido respaldo de la Ley, ni hemos asegurado la paz.

Si algún buen elemento se ha escogido, no

por esto deja de ser un mal nacional, porque a ese buen elemento le han deshonrado y no le han dejado que tome experiencia en los grados que con precipitación le hicieron pasar. Y el buen Jefe u oficial ascendido en esta forma, y que podía haber tenido una aceptación generalmente buena a su debido tiempo, viene a confundirse con los asaltadores, con aquellos que no tienen autoridad moral, ni les rodea el prestigio que es tan indispensable en los conductores de hombres para la guerra.

El mal no radica solamente en dar a la Nación un pésimo Coronel o General; sinó lo peor es que, el ignorante o el tonto, apoderado de una jerarquía que no le corresponde, es propenso a la vanidad. Y ¡ay! del ejército en que el tonto envanecido surja. Se las dá por los abusos, y se cree el Salvador de la Patria. Presume de organizador, y todo hace consistir en ascender a los de su camarilla. Llama al servicio a unos, les asciende y nuevamente los separa. Todos los que le han mirado con desprecio antes, van camino al retiro. Y si alguno le ha exigido *examen*, ese es su peor enemigo. Total... La confusión y el caos y una carga incalculable para el Erario Nacional.

Si hubiera una Constituyente, no de *contratados*, como los denominó el pueblo de Quito a los de la última Asamblea, sinó de hombres imparciales y de criterio, examinarían las consecuencias de los abusos que está soportando el Fisco; y entonces se convencerían que degradándole, sería muy poco como castigo.

Los mayores males a la Patria, se vería en caso de un conflicto internacional, que ojalá no se presente en estos tiempos.

Un civil me decía: «En caso de que se presente en la actualidad un conflicto, ustedes los del ejército, tendrán que irse con Enríquez. Por lo que respeta a los civiles, estamos resueltos a buscar nuestros Jefes e irnos a parte; porque no hemos de aventurar con hombres que como Enríquez sean improvisados. He ahí perdida la fe en el ejército y acaso perdida también la unión nacional.

Cómo se podría remediar esta situación en el futuro?

Yo creo que el mal es arraigado y el remedio habrá que aplicarlo con constancia, firmeza y lentitud, ya que no se podrá cortar el mal de raíz, que sería la mejor manera de extirpar la parte dañada, haciendo comprender a las nuevas generaciones de oficiales, que los asaltos se emplean para tomarse las trincheras enemigas, y no para formar constelaciones de estrellas en sus hombros.

Sin embargo, si el país entra en la normalidad, el ejército debe propender a desterrar todas las posibilidades de nuevas dictaduras. Y entonces sí, habría que seguir las normas dejadas por un notable General Alemán, cuando le iban a solicitar un ascenso para un determinado Jefe u Oficial, alegando que era un buen conductor de tropas. El les contestaba: «No he sabido nada. Eso lo tendrá que demostrar todavía en la guerra»; y agregaba: «Un buen conductor de tropas no se hace por decretos, sino que nace y es predestinado. Con todo, que demuestre su preparación

a su debido tiempo, en el examen y en las demás pruebas a que debe someterse».

El prestigio es indispensable en las altas jerarquías. Recuerdo que en el año de 1910, cuando nuestra Patria estaba a punto de entrar en guerra con el Perú, el General Alfaro era el hombre que infundía confianza en el éxito, aun entre sus peores enemigos. La Nación entera, tenía fe en sus aptitudes militares; y estoy seguro que el pueblo ecuatoriano, con él a la cabeza, hubiera recuperado su territorio o hubiera encontrado su tumba pero más allá de las fronteras patrias.

Y sinó es posible esto, por lo menos se ha de rodear del prestigio que se conquista, con el estudio que acumula conocimientos; con el trabajo constante, que es signo evidente de una inquebrantable voluntad; y con la decisión por la justicia, que es signo también de una sana moral. Y mejor aun, si inteligencia y voluntad ha demostrado en los campos de batalla. Por lo tanto, autoridad y justicia, autoridad y sabiduría, deben unirse en una sola personalidad moral.

Pero sinó hay nada de esto, verémosles como a tantos, que la casualidad o la audacia les ha llevado a ocupar puestos prominentes, donde han servido tan solo de desprestigio de la clase militar y para la mayor ruina de la Patria.

*

*

*

